

FRENTE DE EXTREMADURA

ORGANO OFICIAL DE LA BRIGADA MIXTA 43

Año II - 19 de Abril de 1937 - Número 18

Ejército regular, fuerte y disciplinado; capaz de destruir a los intervencionistas extranjeros

Editorial

España toda ha de palpar para la guerra. Este es el tema tan sobrado y tan

lentamente puesto en práctica. ¿Puede concebirse que a estas alturas aún halla compañeros trabajando en pequeñas jornadas y produciendo baratijas? No... y sin embargo los hay. ¿Puede comprenderse que halla sindicatos que viven y se organicen por sí y para sí sin tener contacto alguno con la guerra? No... y sin embargo existen. Y es irritante que cuando la rápida victoria exige un esfuerzo unánime, cuando precisa el concurso nacional halla un puñado de inconscientes que al no sumarse al esfuerzo de los que aman la libertad, por encima de todo, producen un obstáculo para la marcha de nuestros destinos. Boicotean nuestro impulso militar, nuestras cualidades para triunfar y haga poco menos que inútil el constante chorro de vidas tan queridas. Los sindicatos no pueden ni deben estar al margen de la lucha. Los sindicatos han de estar en manos del Gobierno, sin trabas y sin obstáculos; dejando a un lado rivalidades de sindicatos y afiliados, y derechos profesionales de trabajadores. Hoy nadie, y menos los sindicatos, deben reclamar derechos. Tenemos toda una serie de deberes que en el cumplimiento de ellos está la cantidad de antifascismo que cada uno tenemos.



BARDASANO

Ayuntamiento de Madrid

¿Qué debe ser un periódico mural?

A mi entender, debe ser algo tan diáfano como la clara luz de la mañana, donde se expongan verdades concretas y sencillas, accesibles a los temperamentos más incultos y rudimentarios; para que en ellos dejen su huella indeleble, lo que de una forma clara y precisa se les pueda decir.

Por ejemplo: en la vida, lo que con más fuerza se suele clavar en la retina y en la imaginación de los hombres son las imágenes de dolor, de belleza, de alegría.

Así, mismamente en la guerra, al soldado le interesa conocer verdades tan sencillas como eternas.

Y es, que al lado del sentimiento de seguridad material o «física» que siente el combatiente al tener consigo y a su lado armas modernas de tremenda eficacia ofensiva, con la protección de una formidable trinchera o parapeto, necesita además la ayuda, el calor moral, sereno y

entero de sus mandos, y del cariño y comprensión de sus Comisarios.

Guardan tan estrecha relación estos dos puntos que sin la fusión de ellos en uno solo no es posible crear, «encontrar» más

bien, en nuestros conscientes y bravos soldados, la fuerza espiritual suficiente que les haga una moral de vencedores rotundos.

Yo tengo una idea, que creo, afortunadamente, no sus- tento yo solo: ganar la guerra.

Y para que eso sea una realidad inmediata y tangible es necesario «formar» una de esas verdades a que anteriormente hago mención.

Y esa verdad va desde el mando militar, lleno de fe inteligente y abnegada firmeza, hasta los Comisarios de alma entusiasta apasionada por la causa; pasando por el soldado encendido por el ideal que le impulsa a combatir.

Con todos estos elementos se plasma, camaradas, el glorioso Ejército popular, o lo que es lo mismo el Ejército de la victoria del magnífico pueblo español.

¡Y esta si que es una verdad auténtica y definitiva!

Alberto Barral

AL MILICIANO DESCONOCIDO

No se si era un engranaje
que a la máquina
unido trabajaba,
para dar más comodidades
al ruin engendro
que le mortificaba.

No se si era carne doliente
que dejándose
la vida destrozada,
arrancaba, incluso con los dientes,
la poca fruta
por el señor dejada.

No se si era el cerebro torturado,
que al ver gemir
desdichas y dolores,
quiso hacer libre al hombre esclavi-
y vió su carne [zado
desecha, sin colores...

Pero si sé que era carne del pue-
que al sentir sobre sí [blo
la amenaza,
su espíritu indignado vibraba, vien-
el yugo opresor [do
que atenaza.

Marchó con su ilusión; marchó sin
pero firme el propósito [armas,
de que sacrificaba
su vida juvenil, sus esperanzas,
en bien de los demás,
por bien de los que amaba.

Le vi siempre luchar con la son-
en su joven boca [risa
dibujada.
Vi en él los deseos del que pisa
al ser vil de vida
arrastrada.

Yo vi caer su cuerpo inanimado
por la traidora metralla
enemiga,
pero vi en su alma y ojos claros
que un pueblo, con ansias de ser li-
no pelagra. [bre,

Duerme tranquilo, héroe sin nom-
que la joven sangre [bre,
que ofreciste,
será el engendro del pueblo libre y
que en sueños y despierto [noble
tu ya viste.

Ayuntamiento de Madrid

La suciedad y el
abandono traen
la miseria y ésta,
a su vez, las en-
fermedades.

Si surge una pro-
testa a tu lado cál-
mala, que así con-
tribuyes a ganar
la guerra.

EL DEPORTE Y LA GUERRA

La única virtud de este levantamiento fascista ha sido la de unir, en un solo frente de combate, a todas las fuerzas antifascistas amantes de la paz y el progreso; la de agrupar, bajo un mismo anhelo, a las masas democráticas del país, porque las hizo comprender que su única posición había de ser ésta ante la avalancha organizada del fascismo.

El mismo 18 de julio, la Ciencia, el Arte, el Trabajo y todas las demás ramas de la vida social, con tinte democrático, improvisaron su unificación ante la amenaza del fascio.

A esta unión, hay que añadir la de las organizaciones deportivas que están integradas por jóvenes trabajadores; estos han puesto en la lucha todo cuanto podían poner, han sabido organizar batallones, han sabido improvisar mandos militares que han resultado de excelentes cualidades, y han dado para el Cuadro de Honor de los héroes de la República las mejores personalidades deportivas.

Bien es cierto que el deporte popular no es ahora sólo cuando maniñesta su rabioso antifascismo. El deporte popular supo, en todo momento, sumarse a las gestas gloriosas del proletariado, por tener el firme convencimiento de que defendiendo a la clase trabajadora se defendía así mismo, puesto que trabajadores son la inmensa mayoría de los que practican el deporte por amor a él.

Ellos saben, también, que el ambiente capitalista ha envilecido el deporte de tal manera que se utilizaba para, a través de él, jugarse verdaderas fortunas, como se hacía en España con las carreras de caballos o el frontón, y como se hace en América con la mayoría de los deportes.

Había que reevindicarle, y en el ánimo de los jóvenes deportistas españoles está el peso de la responsabilidad que tal trabajo representa, y dicen a todos los jóvenes trabajadores deportistas del mundo que confien en su esfuerzo que será máximo: el de morir si la victoria lo exige.

Cuadro de HONOR

A la inmensa lista de sacrificados, hemos de agregar hoy a uno de los más queridos camaradas, Rafael J. Carrasco; en él se llevaron dos destacados valores: poseía una fuerte capacidad combativa sin igual, acrecentada por el odio acumulado en largos años de lucha, y tenía una clara visión del arte militar al servicio del pueblo que le proporcionó toda una serie de triunfos.

La Juventud Unificada se halla de luto, con un luto interno, íntimo, amargo; un tributo más para hacer posible la victoria, un sacrificio gigantesco que la causa exige y que nosotros desde las trincheras sabemos valorar. Sólo así, camarada Carrasco, será posible la victoria; sólo así, como tú has dejado marcado, como tú te conducías, con ese desprecio a la muerte y ese entusiasmo jamás perdido.

Tu camino trazado es el camino de toda la juventud, de todo un pueblo; eras muy grande para no ver la senda que marcaste. Todos te seguiremos, si no podemos ser jefes de E. M. seremos bravos soldados de la libertad.

Salud, camarada Carrasco, descansa en la seguridad de que tu obra será prolongada por nosotros.



Ayuntamiento de Madrid

AL MUY..... DE FRANCO

¡Tú, Franco! Vete preparando para recibir la justicia del pueblo, por traidor a tu Patria y por servir los negros designios de los dos monstruos más grandes que ha conocido la humanidad, los cuales no tardarán en ser juzgados por el pueblo noble y sano de Alemania e Italia.

Tú, que estás acostumbrado a tener bajo tus patas a esa legión de asesinos pervertidos, a los cuales ordenabas que los más fornidos se acostaran contigo y tienes por amigas a esos generalotes sin honor que han llegado a ser generales a fuerza de favoritismo y de llevar la testuz adornada, y que creías fácil que el pueblo español consentiría que tu cara de bobo fuera admirada en los escaparates de este Madrid glorioso por esa pandilla de señoritas invertidas que acostumbraban a pasearse por la calle de Alcalá, y que serías el dictador negro de este pueblo noble que por no mancharse las manos con sangre de asesinos os ha dado pie para que, sin miramientos de ninguna ley humana, nos enfrentárais a hermanos con hermanos, para poner en práctica un sueño de una noche en que soñaste que sería fácil llegar de generalillo sin honor ni vergüenza a ser el dictador de este pueblo honrado, el cual ni ha consentido ni consentirá estar bajo el dominio de un reptil inmundo y asqueroso.

Así que, prepárate para que el pueblo haga justicia; pues una vez se perdona, pero esta vez te has jugado la pelleja y has perdido. Así que, aunque te escondas en el centro de la tierra, la justicia del pueblo se cumplirá, y tu ridículo y asqueroso cuerpo se bamboleará al empuje del viento.

A. NAVARRO

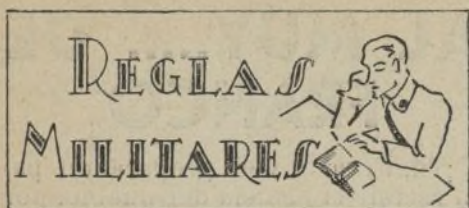
(Continuación de la página octava)

pliendo con nuestro deber, desde el general hasta el soldado, formemos este gran Ejército popular, en el que los mandos ejerzan su autoridad con firmeza, pero con justicia; y los Subordinados obedezcan, pero sin verse humillados.

Esta es la verdadera disciplina que debe existir en nuestro Ejército. Éste es el concepto que de ella deben tener los mandos. Y de esta forma, mandos y subordinados, todos absolutamente compenetrados, todos con un mismo afán, con un mismo ansia y un solo deseo, a cumplir con nuestro deber que es imponer por la fuerza de nuestras armas, la razón y libertad de nuestro pueblo.

D. E. X.

VISADO POR LA CENSURA



MORAL DEL MANDO

La militarización de las Milicias es una de las más importantes medidas tomadas por el Gobierno para llegar a la creación de nuestro gran Ejército popular, pues con ella ha conseguido, además de innumerables ventajas en el sentido de organización, establecer la **disciplina** en nuestras filas, base primordial y condición imprescindible en que descansa toda buena organización de una colectividad. No puede existir una sociedad, una organización, sea cual fuere su carácter, si en ella no hay un orden entre los que la componen y una obediencia a los que la dirigen. Y vemos que en toda colectividad hay siempre una o varias personas que ejercen el mando y otras que acatan las decisiones de aquéllos y obedecen; debiendo estar, por tanto, estrechamente unidos mando y obediencia, pues el uno sin el otro no pueden existir.

Sabido de todos es que más fácil es practicar una buena obediencia que mandar acertadamente. Para obedecer no se necesitan determinadas cualidades en el subordinado, basta el deseo de hacerlo. Mas para ejercer el mando es necesario reunir ciertas aptitudes, determinadas condiciones que todos los que ejercen cargos de responsabilidad en el Ejército deben de saber, pues influye muchísimo en la buena armonía y relación que debe existir entre los mandos y sus subordinados la inteligencia y el tacto con que se mande.

¿Cuáles son entonces las condiciones que debe reunir el mando? Las Ordenanzas Militares, sabias por muchos conceptos y de las que podremos obtener muy provechosas enseñanzas, aunque hallan sido muy combatidas, no porque en sí sean deficientes sino por su arbitraria aplicación, nos lo dicen.

«¿Qué es mando? El mando, además de ser la autoridad y poder que tiene sobre sus subordinados es, también, el arte o modo de ejercer ese poder o autoridad.»

¿Cómo se ha de ejercer ese poder o autoridad? Entre otras cosas, dicen las Ordenanzas: «El superior tiene la obligación de poseer los conocimientos profesionales necesarios para cumplir acertadamente su cometido, y el primordial de ellos es el perfecto conocimiento de las obli-

gaciones del empleo que ejerce, y las de los inferiores».

Exacto. El superior ha de estar en posesión del conocimiento de sus deberes, pues una de las principales causas que ha de inspirar la confianza del que obedece es saber que el que manda está capacitado técnicamente para ejercer el cargo que desempeña. Y ha de saber, también, «las obligaciones de sus inferiores», para hacer cumplir a cada uno con su cometido y ser, al mismo tiempo, un maestro que enseñe y recuerde los deberes de sus subordinados a aquellos que los ignoren u olviden.

Pero no es sólo capacidad militar profesional la única condición que debe reunir un buen mando. No; también deben concurrir en él ciertas condiciones de orden moral y, hoy en día, otras muy importantes de orden político. Mas sigamos a las Ordenanzas Militares en lo que a la moral se refiere, y veamos qué nos dicen.

«El valor y la discreción son condiciones esenciales del mando; por la primera, el valor, el que manda desde que se pone a la cabeza de su tropa ha de celar la **obediencia** en todo e inspirar el **valor y desprecio de los riesgos**; y por la segunda, la discreción, ha de ser moderado en el tono, sóbrio y medido en las palabras, **aun cuando reprenda**. Es decir, que ha de afrontar los peligros con serenidad, ha de ser valiente y, al mismo tiempo, discreto y comedido en sus palabras, **aun cuando reprenda**.

Magníficas frases que todos debemos tener en cuenta en los momentos precisos. Se puede amonestar, corregir y hasta sancionar, pero siempre hemos de tener presente que la **Justicia no esta reñida con la bondad**. Hoy, más que nunca, no olvidemos que los mandos y los que nos obedecen somos camaradas, compañeros, y que como a tales debemos de tratarlos, pues nada hay más hermoso ni que satisfaga más nuestra conciencia que vernos, a la vez, queridos y respetados por nuestros subordinados. Y esto no se logra precisamente con ademanes impropios del buen gusto y educación, ni con palabras de mal tono, ni con un trato que en sí pueda dar lugar a ciertas reservas mentales por parte del que obedece, que nada han de favorecer precisamente la buena disciplina y cordialidad necesaria en nuestro Ejército.

Y continuemos con las Ordenanzas, que todavía exigen otras muchas condiciones al mando para que éste sea tal. «El ejemplo es poderoso medio de educación, y el que manda debe darlo para ser imitado por sus inferiores». Indudable. La mejor manera de convencer, de educar, es con el ejemplo. Y en darlo debemos

de esforzarnos los mandos en cuantas ocasiones se nos presenten para ello.

Tampoco debe el superior hacer uso de su autoridad para con sus inferiores en asuntos que no sean o no tengan relación con cosas del servicio y mucho menos imponerla por satisfacer vanidades, hoy más que nunca odiosas, pues «No sería digno del mando, dicen las Ordenanzas, quien exigiera la obediencia sólo por el capricho y la satisfacción de ser obedecido».

¿Qué tendríamos nosotros que añadir a estas palabras de sana y elevada moral? Nada, en justicia. Es indudable que su autor, Carlos III, tenía un concepto grandioso y elevadísimo de la autoridad y de su ejercicio.

Y si los anteriores párrafos son lo suficientemente elocuentes para hacer ver que el **despotismo** y la **arbitrariedad** no tienen cabida en la familia militar, Carlos III aún va más lejos, todavía amplía más el concepto moral de la autoridad cuando hay necesidad de imponerla y sancionar una falta, y a este respecto aconseja: «El castigo, sólo en caso necesario, debe imponerse, meditando bien las razones que a ello obligan; pocos y oportunos han de ser para producir el debido efecto pero, una vez impuesto, debe sostenerse con firmeza.

Gran concepto de la justicia. ¿Hay motivo de sanción? Medítense «las razones», y si es necesario un castigo, impóngase; pero ya entonces debe «sostenerse» con firmeza. Pero todavía las Ordenanzas quieren agotar todos los recursos posibles antes de castigar e imponer sanción, y recomienda: «En general, antes de acudir al arresto, debe emplearse la reprimenda privada o pública», y aún antes de reprender convendrá valerse de la **advertencia y de los medios persuasivos**.

Son suficientemente explícitas estas frases para no necesitar ampliación. Su fácil y claro lenguaje, hace inútil todo comentario. Procuremos cumplir todos estos maravillosos preceptos de moral militar establecidos en las Ordenanzas que, como en general, todas las leyes, no son malas por su concepción sino por su interpretación. Léanlas y estudiénlas quienes las ignoren, pues obtendrán muy buenas enseñanzas. Y procuremos recordarlas aquellos otros que ya las tuvimos que estudiar y practicar hace muchos años. Unos y otros hagamos todo lo posible por saturar nuestra moral de ese espíritu de justicia, equidad y abnegación que preside los preceptos de la Ordenanza para que impregnados todos de este espíritu y cum-

(Continúa en la página séptima)